

sumo peligro en un caso en que nos lo dictará el interes de nuestros semejantes, puede mirarse como un honroso ejercicio; pero el exponerse al dolor por él mismo, es un acto de insensato en todos los paises.

Los hombres estan particularmente dispuestos á honrar á aquellos semejantes suyos que menosprecian los dolores físicos, en tres circunstancias; en el estado salvage, en el de esclavitud doméstica, y en el de la servidumbre política. Las mismas causas producen efectos semejantes en estos tres estados.

En el estado salvage, no pueden conservarse los hombres mas que sujetándose á continuas penas y excesivas tareas, y haciéndose terribles á sus enemigos. Para proporcionarse ellos su subsistencia, con la caza ó pesca, en la mala estacion con especialidad, les es necesario entregarse á unas fatigas y dolores desmesurados; perseguir la caza por medio de selvas impenetrables; coger la pesca en lagos cubiertos de hielo,

y permanecer á veces muchos dias sin subsistencia. El que soporta mas fácilmente entónces el hambre y fatiga, y que puede perseguir su presa con mayor constancia, debe honrarse necesariamente mas. Se aprecian en él unas prendas que le preservan de la destruccion; y el saber elegir, entre dos males, el que es menos adverso, aun que sea el mas próximo, es un acto de sabiduría. Apreciamos con arreglo á la misma máxima al que, cayendo en poder de los enemigos, muestra mayor valor en los tormentos; su entereza sirve de escudo á sus compañeros, siendo un objeto de terror para los que asisten á su suplicio.

La esclavitud doméstica produce sobre los individuos que estan esclavizados, un efecto análogo al que produce sobre los salvages el desdichado estado en que viven. Obligados á ejecutar unos trabajos de que no pueden coger ellos fruto ninguno, y entregados indefensos al arbitrio y caprichos de sus señores, no les queda mas que un

medio de conservar alguna independencia, y de disfrutar de algunos gustos pasajeros, en el seno de las calamidades que los circundan: el de mostrarse insensibles al dolor, y despreciar la muerte. El esclavo que ve en su propia destruccion un medio de manumitirse, se reconoce protegido con la codicia de su señor. Por lo mismo los negros, á quienes, á los cristianos de Europa tienen encadenados bajo los trópicos, manifiestan, en medio de los martirios, un valor que aun excede á la crueldad de sus verdugos.

Los mismos peligros y necesidades desencian unos afectos semejantes bajo todos los gobiernos tiránicos. La última virtud que les queda á los hombres esclavizados, es la de saber sufrir y morir; y esta virtud se desenciera, bajo cualquiera forma que la esclavitud se establezca. Ella es la misma en Constantinopla y en San Petersburgo; fué en Roma, bajo los primeros emperadores, lo que es todavía hoy dia en Persia, y bajo todos los déspotas de la Asia. Los

hombres acomodan siempre sus máximas á su situacion, y el resúmen de semejantes máximas se reduce á sacar de esta situacion el partido menos malo posible. Miéntras que los Romanos estuviéron pobres y libres, consistió la virtud en vencer á las naciones, y enriquecer con sus despojos la república; luego que fuéron esclavos de sus emperadores, ó por mejor decir, de sus libertos, y que no pudiéron librarse de los males que la tiranía engendra, consistió la virtud en arrostrar con el dolor, y despreciar unos placeres y riquezas que se les escapaban.

Acusáron á los estoicos de no haber condenado los placeres, y despreciado las penas mas que por envidia. « De que nace, dice Diderot, la intolerancia de los estoicos? De la misma raiz que la de los extremados devotos; son mal humorados porque luchan contra la naturaleza, porque se privan y sufren; si quisieran consultar consigo mismos de buena fe sobre el odio que

ellos profesan á los que observan una moral menos austera, reconocerian *que él proviene de la oculta envidia de una felicidad que ellos codician*, y que se han vedado á sí propios, sin creer en las recompensas que los resarcen de su sacrificio (1). »

Aunque esta opinion sobre los estoicos se ha abrazado por un sabio filósofo (2), no puedo creerla fundada. No puedo persuadirme de que Caton de Utica envidió los placeres de Antonio, Epitecto los de Epafradito, y Marco-Aurelio los gozos de Vitelio. Los estoicos midieron el valor de las penas y gustos físicos exactamente por la misma escala que los medimos nosotros mismos, y el orden social en que ellos vivian, es mas que suficiente para dar razon de sus doctrinas.

Por mas sangrientas que hayan sido las revoluciones y guerras que ocurrieron en-

(1) Diderot, Vida de Séneca.

(2) Jeremías Bentham, Tratado de Legislacion.

tre los modernos, nos formaríamos una idea falsa del orden social de los antiguos, si juzgáramos de su estado por el nuestro. En las guerras civiles, la victoria de una faccion entregaba el partido vencido á una casi completa destruccion, los mas débiles se desterraban ó condenaban á muerte por los mas fuertes, confiscándose sus bienes; y aun con frecuencia se extendia la venganza á la familia entera, á los ancianos, á los niños y mugeres. « Tenemos entre nosotros, decia Apio Claudio al senado romano, hablando de la poblacion que se habia retirado de la ciudad; tenemos entre nosotros varias prendas que pertenecen á los rebeldes, y no podríamos desearlas mas preciosas. Somos dueños de sus mugeres, padres, y descendencia toda; y en nuestra mano estará el degollarlos en su presencia, si tienen la osadía de atacarnos, y el darles á conocer que ellos mismos deben contar con semejante tratamiento (1). » No eran estas

(1) Dionisio de Halicarnaso, lib. 6, §. 62.

unas vanas amenazas, sino las máximas del derecho público de las naciones de entonces (1).

En una guerra extranjera, la derrota formaba de los vencidos la propiedad de los vencedores; entregaba ella las poblaciones al saqueo ó incendio; se confiscaban las tierras; las mugeres, niños y ancianos, se llevaban en esclavitud, y se vendian como viles rebaños, sin distincion de clase ni estado; el sabio estaba expuesto á los mismos peligros que el ignorante: Platon podia venderse al lado de una verdulera, y Aristóteles figurar en el inventario de un pescadero. Ninguno podia pues tener confianza

(1) Cuando envió el senado diputados á Marcio para exhortarle á no hacer la guerra á Roma, le hicieron estos diputados la amenaza de degollar en presencia suya á su madre, muger y dos hijos. « Si sitiáis nuestros muros, le dijéron, no perdonaremos á ninguno de vuestra familia; y no habrá opróbrio ni suplicio que no se les haga experimentar. » Dionisio de Halicarnaso, lib. 8, §. 28.

Quando Casio fué condenado á muerte como reo

en orden á sus bienes, familia, y persona. Los peligros á que uno se veia expuesto, se habian multiplicado mas particularmente en Grecia durante las guerras del Peloponneso, y en las civiles que las acompañaron ó siguiéron. En estas circunstancias tuvo la secta estoica su origen.

Las mismas circunstancias que la habian engendrado en Grecia, fuéron causa de abrazarse sus máximas en Roma: ¡Cual es, en efecto: el hombre dotado de alguna prevision que podia creer en la seguridad de su fortuna, de su familia, de su vida, ó á lo menos de su reputacion, despues de las proscripciones de Mario, Sila, triumviros, y despues de los reinados de Tiberio y Ne-

de haber aspirado á la tiranía, se confiscáron sus bienes, se arrasó su casa, y hubo necesidad de un decreto particular del senado para eximir del suplicio á sus dos tiernos hijos; y se habian degollado hasta aquella época los hijos siempre que se habian hallado culpables los padres. Dionisio de Halicarnaso, lib. 8, §. 80.

ron! Habiéndose hecho verisímiles todas las especies de males, era necesario disponerse para todas, á fin de no sorprenderse ni abrumarse. Era necesario prever el destierro, la confiscacion, la ruina de su familia y la proscripcion, como se preven los acaecimientos mas sencillos en el curso ordinario de la vida. Las máximas de Epitecto no vendrian menos á un esclavo de nuestros modernos colonos que á un vasallo de Nerón. « Si soy amigo de mi cuerpo, si tengo apego á mi bien, dice él, étela aquí esclavo; y he dado á conocer por donde puedo ser cogido. » Estas máximas podrian convenir tambien á un individuo que, habiendo sido condenado á muerte, aguarda impaciente que los caprichos de un favorito hagan acordarle su gracia, ó señalen la hora de su suplicio. Los estoicos dijéron á los desdichados; no os atemoriceis de los males que os amenazan; no son ellos tan terribles como os los representa la imaginacion; y los hallaréis llevaderos, si os habeis dispuesto á

ellos. Pero no dijéron á lostiranos: desterrad, condenad á diversos hombres, porque el destierro y condenacion no son un mal.

Las religiones que convirtieron en precepto el menosprecio del dolor, y que enseñaron al hombre á sobrellevar las calamidades que se multiplican bajo los malos gobiernos, se habian formado igualmente en circunstancias en que los pueblos tenian que luchar contra unas adversidades que no estaba en su mano superar. Hay, entre innumerables máximas del cristianismo y las reglas de los estoicos, una perfecta identidad, y seria menester extrañarnos de que esto fuera de diferente modo, supuesto que estas reglas y máximas tuvieron origen en la misma época, y fueron dirigidas á los mismos hombres.

El menosprecio de los dolores físicos no fué nunca un motivo de estimacion, mas que porque los hombres tuvieron siempre una irresistible aversion al dolor. Siempre que un individuo se halló colocado entre

dos sumas de males igualmente inevitables, y que dió la preferencia á la menor, aunque la mas próxima, fué honrado este individuo por sus semejantes. Se veneró igualmente el que, no pudiendo libertar de ciertas calamidades á sus semejantes, les enseñó el medio de mitigarlas. Pero el principio ó la causa de este honor fué no el amor del dolor, sino la aversion que se le tuvo, ó la propension que tienen los hombres al gusto; porque no aprecian menos al individuo que se sujeta á algunas penas para proporcionarles gozos, que al que se sujeta á las mismas para ahorrarles dolores.

La misma causa que hizo estimables á los hombres que supiéron menospreciar los dolores físicos, hizo honrar á los que despreciaron los gustos de la misma especie. Puede haberse llegado hasta el exceso en este menosprecio, y puede haberse expuesto mal la causa suya; pero tuvo él un fundamento mas sólido que la envidia ó zelos, á que le han atribuido.

Nuestros órganos no pueden tener progreso, adquirir y conservar el grado de perfeccion que cabe en ellos, mas que en cuanto satisfacemos las necesidades que estan en nuestra propia naturaleza. No podemos abstenernos de satisfacer estas necesidades sin que resulten de ello penas, y nos es imposible satisfacerlas, sin que la satisfaccion produzca gozos. Miétras que un individuo se ciñe á gozos de esta naturaleza, miétras que no se proporciona á sí mismo mas que los gustos que son necesarios para su progreso ó conservacion, ó que á lo menos no pueden serles perjudiciales, no es un objeto de censura, si por otra parte no causa ofensa á ninguno. Pero cuando quiere renovar sus gozos, sin aguardar á que se renueven las necesidades, y reunir, en el mas breve espacio de tiempo posible, los gustos que la naturaleza no quiso acordarnos mas que por intervalo, y esparciéndolos sobre el curso entero de la vida, comienza entónces la antipatía. Le desprecia-

mos, ó aborrecemos, no porque le tengamos envidia, sino á causa de que le miramos como á un insensato que se destruye, é inutiliza para sus semejantes; y que los gustos que él se proporciona, se compran con la desgracia ajena.

El hombre es un ser limitado en los dolores que él puede soportar, y en los gustos de que es capaz: cuando las penas llegan á un cierto grado, muere y se hace insensible. Producen en él los gozos un efecto semejante, cuando ellos tienen un grado de intension ó duracion que su naturaleza no sufre, le hacen insensible ó le destruyen. Si redujéramos á un brevísimo espacio de tiempo de cuantas penas ó dolores está destinado á experimentar un hombre en el curso de una dilatada vida, le daríamos la muerte probablemente. No arruinaría un hombre menos su temperamento, si quisiera reconcentrar en un espacio de algunas horas, de unos dias, cuantos gozos pudiera experimentar él en el curso de una dilatada vida

El arte de distribuir los gustos y pesares, de modo que estos últimos nos hagan menor impresion, y se prolonguen mas aquellos primeros, no es en el fondo mas que el arte de la moral.

Cuando varios gozos vivísimos y repetidos con suma frecuencia han gastado los órganos, no podemos restituirles ya la sensibilidad mas que por medios artificiales y siempre nuevos. En cuyo caso, no tienen ya las necesidades límites, y los gustos de un individuo pueden exigir el sacrificio del bienestar de una nacion. Un hombre al que los gozos físicos tienen usado, no experimenta ya gusto ninguno en satisfacer las necesidades mas naturales; únicamente los medios mas vigorosos pueden conmoverle; para experimentar algunas sensaciones, Tiberio tiene necesidad de los desarreglos de Caprea, y Neron del incendio de Roma.

Cinco circunstancias pueden determinar á los hombres para reconcentrar en el mas breve espacio de tiempo los mas gozos po-

sibles : 1°. la ociosidad de ánimo y cuerpo, que forma una necesidad continua de sensaciones físicas; 2°. la falta de progreso intelectual, que no permite ver las remotas consecuencias de las acciones á que uno se entrega; 3°. la carencia de afectos benévolos, que nos impide imponernos privacion ninguna en beneficio de nuestros semejantes; 4°. algun. riquezas ó autoridad que nos proporcionan el medio de entregarnos á todas nuestras pasiones, al mismo tiempo que nos dispensan de toda ocupacion; 5°. finalmente, el continuo peligro de perder la vida ó caudal, peligro que puede no dar lugar para aprovecharnos de las privaciones á que nos sujetamos; es cosa natural que el que cree no tener que vivir mas que algunos instantes, trate de encontrar en estos escasos instantes cuantos gustos pudiera esperar él en el ordinario curso de la vida.

Casi todas estas circunstancias se encontraron, cuando se esparcieron las doctrinas

de los estoicos y las de ciertas sectas religiosas. La multiplicacion de los esclavos habia hecho odiosas y viles en el concepto de los hombres libres, cuantas ocupaciones no tenian la dominacion por fin ó resulta; y el trabajo del hombre sobre la naturaleza estaba abandonado exclusivamente á la poblacion esclavizada. Luego que los Romanos no hubieron tenido ya naciones contra quienes pelear, y que se hubo arruinado la república, no le quedó á la clase de los señores materia ninguna de ejercicio físico ó intelectual. Los hombres de esta clase no pudieron conocer ya su existencia mas que con una dilatada serie de satisfacciones físicas; y la sensualidad fué una distraccion ó necesidad para ellos.

No es menester juzgar de la inteligencia de los pueblos antiguos por la de un corto número de hombres extraordinarios, que dejáronverse en ciertas épocas, en un tiempo especialmente en que la imprenta no proporcionaba medios de instruccion á las na-



ciones. Si se exceptúan los conocimientos relativos al arte de la guerra, no podía existir una población mas ignorante y supersticiosa que la romana, aun en los tiempos del mayor auge de la república. Un docto escritor, que habia hecho un particular estudio de las costumbres de los pueblos antiguos y de las de los salvages, se quedó absorto de la conformidad que existe entre la pintura de las costumbres romanas y las iroquesas (1). Es imposible, en efecto, el pasar de la lectura de los historiadores antiguos al estudio de los viages que se hicieron en lo interior de las selvas americanas, sin parar la atención en esta semejanza.

La carencia de afectos benévolos era proporcionada á la falta de cultura intelectual, y la engendraban las mismas causas en gran parte. Todas las pasiones rencorosas tenían un grado de vehemencia desconocido

(1) Volney.

entre nosotros. La crueldad, venganza, y la perfidia con especialidad, eran los distintivos característicos de los pueblos de aquel tiempo. Esta propiedad no se manifestaba solamente con respecto á las naciones extrañas, sino que tambien era la misma con respectos á los extrangeros y ciudadanos. La palabra *virtud* no significó nunca, entre los Romanos, mas que el valor militar (1).

Muchos siglos de guerra y saqueo habian reconcentrado en Roma todos los tesoros del orbe civilizado; pero se repartian estos tesoros de un modo muy desigual. Los caudillos de los ejércitos, magistrados, y gobernadores de las provincias, poseian fortunas inmensas: pero el cuerpo de la población se hallaba sumergido en una horrenda miseria, y no tenia medio ninguno para salir de ella; porque los oficios, artes,

(1) Plutarco, Vida de Coriolano.